

RAÚL ALCAÍNO

TRUMAO

ILUSTRACIONES POR GABRIEL TORRAL



EDICIONES INUBICALISTAS



FIRMA –dice el policía y le extiende la hoja al sospechoso, que está sentado frente a él, al otro lado de la mesa oscurecida por las primeras sombras de la tarde.

Todos se parecen: la cara ancha, la mirada firme, la contenida vehemencia. El policía piensa en cuando lo detuvieron a media mañana: la persecución, los troncos grises envueltos en la niebla.

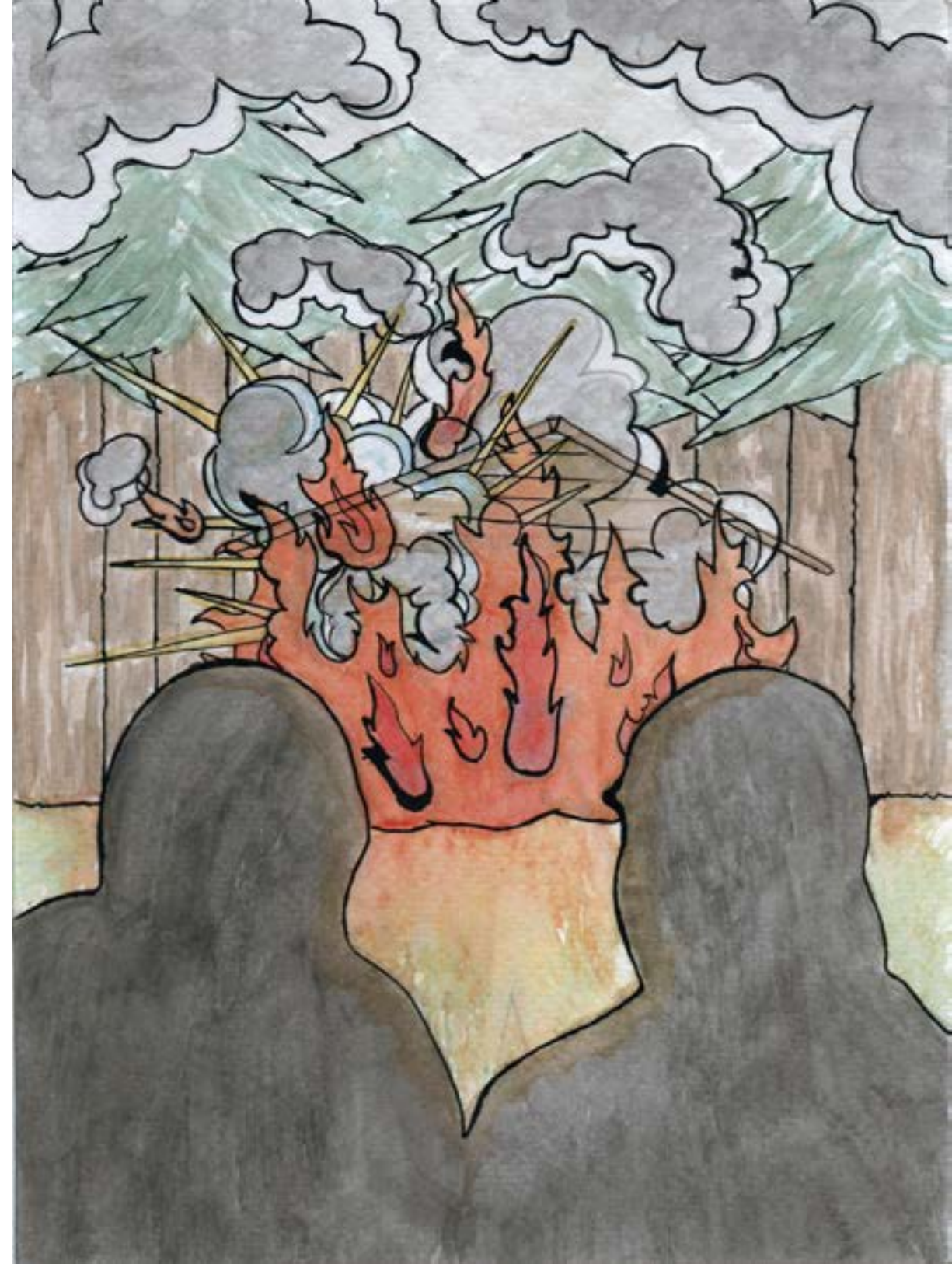
–Soy inocente –dice el sospechoso.

El policía recuerda el incendio, las explosiones, el bosque detrás de la casa en llamas. El mayor no quiso que nadie se internara a buscarlos, ¿para qué, don Juan?, le dijeron al dueño. Conocen el terreno como si fuera suyo, lo han recorrido desde niños y pueden desaparecer entre los árboles, arrancar como flechas, rápidos y certeros. Como sombras.

Una lengua azul se alzó, rápida, vehemente, y arrojó una lluvia de chispas coloradas. Por suerte, ya estaban a distancia, detrás de la cinta de plástico, y la onda expansiva no los alcanzó.

Luego llegó la prensa. Demasiadas luces. Y voces, muchas voces, de afuerinos. Demasiada luz envuelta por la oscuridad. Hay que esperar los peritajes de bomberos, dijo el mayor a los micrófonos.

—En ese incendio pudo haber muerto gente —dice el policía como si el otro no fuera capaz de entender. Se reventaron los balones de gas.



El sospechoso no se mueve. Lo mira en los ojos, como desde lejos. No dice nada.

Los bomberos llegaron con mucho atraso, haciendo sonar la sirena. Los chorros de agua partían las vigas del negro esqueleto de la casa, visible contra el resplandor anaranjado del fuego; al caer, los palos quebrados hacían un ruido seco, similar al que hace un hacha cuando golpea un leño. Permaneció de pie con el resto del escuadrón, una fila de verdes uniformes, haciendo un cerco alrededor del incendio. Movía los ojos: hacia las llamas, hacia los chorros de agua, hacia las luces y las cámaras de televisión, hacia el cielo: unas nubes grises corrían sobre la luna, ocultándola, descubriéndola, ocultándola.



–Todos ustedes son igual de porfiados. Como las mulas.
El sospechoso continúa en silencio, mirándolo desde otro lugar.
Seguro lo toma por un estúpido.

–Hay testigos –insiste el policía.

Mira los labios, que siguen cerrados, el pecho, el ascenso
de la respiración debajo del poncho hediondo a lluvia, a tierra,
a animal.

–Tú no me hai visto –dice de pronto el sospechoso. La
voz se parece a la cara. Se parece a todas las voces y a todas las
caras. Indios culiaos, piensa el policía. Son invisibles detrás de
sus capuchas, de sus ponchos y de sus chombas hediondas. ¿Y
ellos? ¿Serían reconocibles bajo los uniformes?





El sospechoso se pone a hablar: recuerda el allanamiento; su relato es monocorde, aburrido. Los policías se bajaron de la micro, trotaron, formaron un cuadrado. Hablaron a través del megáfono. Dispararon perdigones que atravesaron las paredes de tabla, se llevaron unos niños. Estaba nublado, como si una cortina gris cubriera todo lo ancho del cielo. Los treiles emprendían el vuelo y graznaban, estridentes. ¿Iría a llover?

Los policías no encontraron hombres en las casas. Los comuneros se ocultaban en el bosque, eran sombras alargadas que se diluían en la niebla, que lo mismo podían ser hombres o árboles.


En el cuartel esperaba el helicóptero. La ráfaga de viento lo zarandeó y le infló el overol. Desde el aire la zona parecía una maqueta como las que usan los generales para explicar los operativos. Les habían dicho a los niños que cooperaran, sería mejor para ellos y para sus padres. Asomaron a los mocosos a la puerta abierta. Eran niños. Eran hijos de terroristas.

El sospechoso lo mira fijo en los ojos, espera a que hable.

–Yo no estaba ahí –dice finalmente el policía. Su propia voz le suena como la de otro.

Mira hacia la ventana. Un rectángulo que muestra unas casas, la verde curva de un cerro, árboles cuyas hojas se mueven al ritmo del viento.





El sospechoso sigue. El día que murió su peñi no se le ha olvidado. A partir de su relato, el policía recuerda que esa tarde había mucha gente en la toma del fundo. Niños, mujeres, ancianas que tocaban el kultrún, hombres jóvenes que enarbolaban chuecas. ¿Qué significaba eso? ¿Una brujería? Había nubes, una variada gama de grises coronaba los cerros de la cordillera de Nahuelbuta, cuadriculados, divididos en parcelas ocre y verdes que parecían trazadas a mano.

Una voz se oyó, ininteligible. Era el megáfono de la policía que hacía una advertencia, instaba a desocupar.

–Era una ocupación pacífica: llevamos niños, mujeres, ancianos –dice el sospechoso.

El policía no contesta, las manos enlazadas detrás de la espalda. Los árboles se ensombrecen tras la ventana. Comienza la temprana noche del sur de Chile.

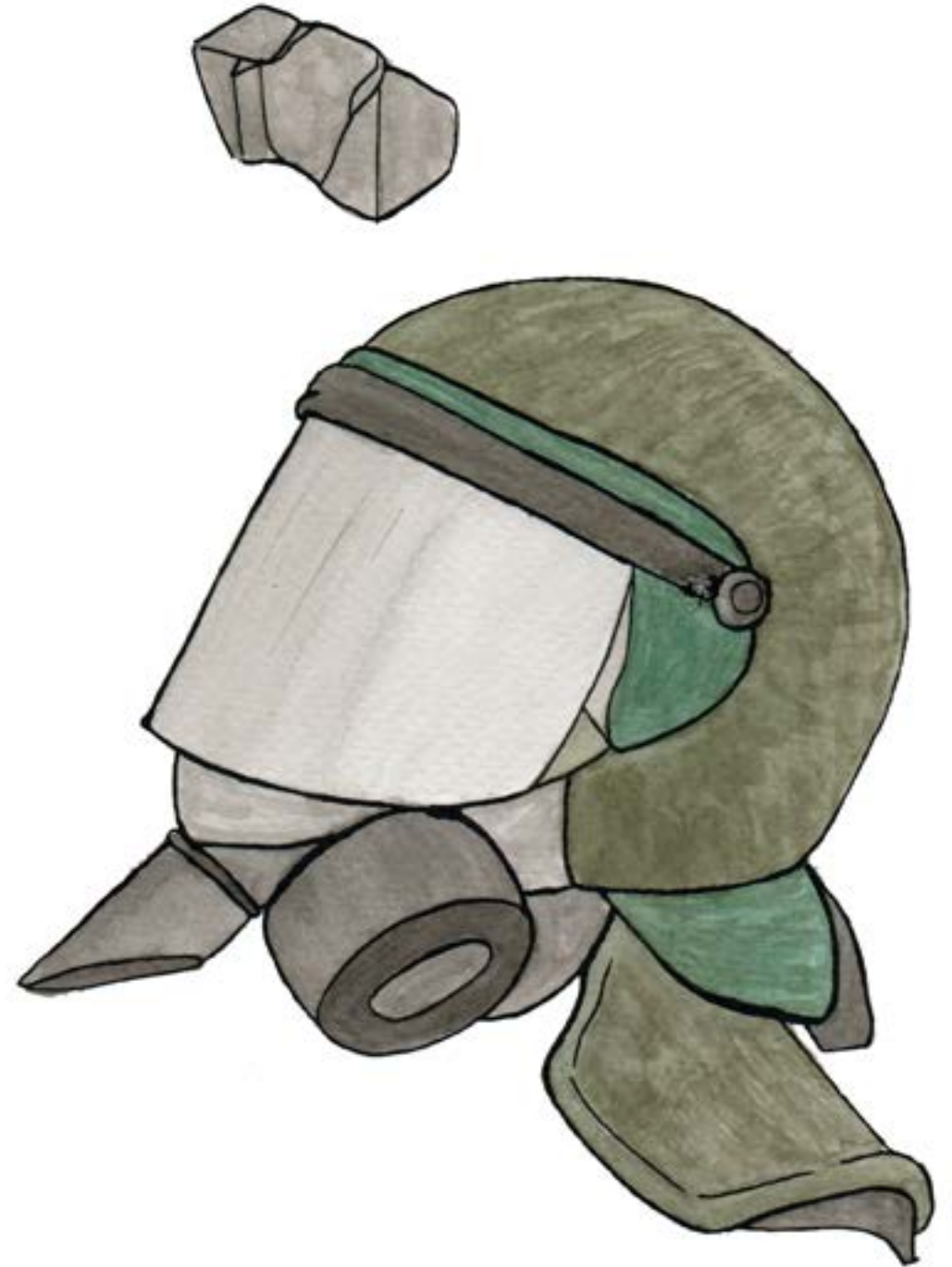
No hubo más advertencias. Las lacrimógenas dibujaron arcos de humo en el cielo. Las viejas se cubrieron la cara con los ponchos; a los niños les colgaban los mocos, les faltaba el aire.

–Tuvimos que defenderlos –dice el sospechoso. Lanzaron piedras. Algunas pequeñas, lanzadas con hondas de mano, otras grandes, arrojadas con hondas que hacían girar sobre las cabezas.

–Ustedes, los huincas, las llaman boleadoras –se ríe el sospechoso–. Las boleadoras las usan en la Patagonia, para cazar.

El paco recordó un piedrazo en el casco. El ruido parecía el de un disparo. Se desorientó y perdió pie. La horda gritó, en su lengua. Avanzaron difusos entremedio del humo. No temían. Eran sus tierras, era su asunto. Sus familias no los esperaban, lejos.

–Ustedes dispararon perdigones. Tenían miedo –dice el sospechoso. Las sombras le oscurecían el rostro.





–Nunca tenemos miedo –dice el policía; la voz es otra.

A través de la ventana, ve un automóvil que transporta a un civil. Cae la noche, azul.

–Pensamos en los niños y en los viejos –dice el sospechoso–. Todavía estaban ahí, detrás de nosotros, en la línea de fuego. Decidimos irnos. Apareció uno en medio del humo. Tenía la cara descubierta y los brazos en alto. Gritó que se iban, que acababa la toma, que no dispararan.

–Se quedaron apuntándonos. No dejaron de apuntar en ningún momento

–dice el sospechoso.

La cortina de humo se disipaba lentamente, en volutas blancas que ascendían como niebla. Los hombres con el rostro cubierto habían bajado sus armas. Gritaron, alzaron los puños. Dieron media vuelta y empezaron a caminar.

Algo se distendía; invisible se ensanchaba en el campo, en el camino, en el cielo cruzado por vetas celestes que se asomaban entre las nubes. Parecía cierto. Se iban.

Sonó un disparo, profundo, envolvente. Los pájaros levantaron el vuelo. Una nube de trumao se alzó y permaneció, gris, varios segundos, a la altura de los hombros.

—Cuando lo dimos vuelta botaba sangre de la boca —dice el sospechoso.

El mayor dio la orden de retirarse y el piquete inició el trote, la rápida resonancia de las botas sobre la tierra, la ridícula carrerita que otras veces hacía reír a los encapuchados.





En la micro ningún policía habló. Era oscuro, como en una celda. Del sospechoso queda una sombra. Sigue hablando, asevera un crimen, una fuga, las palabras salen de su boca con vehemencia, insolentes, pero el peso del recuerdo las transforma en un ruido incomprensible: el policía recuerda la forma del trumao, la nube a un metro del piso, las figuras espectrales detrás del humo y de las capuchas.

Indio de mierda, piensa. Que la oscuridad lo consuma, que lo trague, que desaparezcan los últimos trazos visibles de su cuerpo.

–Me acuerdo de ti –dice el sospechoso–. Te he visto en varios allanamientos. En ése también.

Una silueta que apenas se distingue, que oscila suave en la oscuridad con el peso de la respiración; el ritmo de una ira refrenada, pero intensa, que le fluye por el cuerpo como una ponzoña. No hay nada que hacer.

El policía sale, camina por un pasillo, atraviesa el cuartel, no oye las preguntas que le hacen, no enfoca las miradas que se dirigen hacia él y llegahasta una puerta. La abre; por la única ventana rectangular entra un débil resplandor que apenas ilumina la mesa donde está el teléfono. Se acerca y digita un número. Oye el tono de espera, después el auricular descolgándose, la respiración de uno que no habla, que permanece en silencio, a la espera, resoplando sobre el teléfono.



COLOFÓN

EDICIONESINUBICALISTAS@GMAIL.COM

EDICIONES

TRUMAO © RAÚL ALCAÍNO,
ILUSTRACIONES: GABRIEL
TORRALES E D I C I O N E S
I N U B I C A L I S T A S 2 0 1 8 .
ESTELIBROESUNEJEMPLAR
ÚNICO Y FUÉ HECHO A MANO EN
SU VERSIÓN FÍSICA, SE TRABAJÓ
EN INSTALACIONES DE DUOC UC
VIÑA DEL MAR EN EL MES DE JULIO.
PARASUPORTADA SE USÓ
OPALINALISA DE 240GRS,
MIENTRAS QUE EL INTERIOR FUÉ
IMPRESO SOBRE PAPEL HILADO 9.
LA FAMILIA TIPOGRÁFICA DE
TODO EL LIBRO ES GARAMOND PRO.

INUBICALISTAS
WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.CL

